

## America between letters and stories

# AMÉRICA ENTRE CARTAS Y RELATOS

Farid Villegas Bohórquez<sup>1</sup>

*Un homenaje en este texto a Berlys. Hay quien cree que es posible y por ello, gracias.*

### Resumen

El texto que se presenta tiene como finalidad trazar una mirada en torno a los relatos de independencia incluyendo la carta como instrumento de convocatoria y poder, en el tejido comunicativo de la colonización y el establecimiento de la corona. Siguiendo una metodología de análisis documental, el desarrollo pone su mirada en el estado nación como una utopía de los pueblos que se va a materializar en el xix, luego de diferentes gestas y el sacrificio de tres generaciones intelectuales: la generación perdida de 1781, los criollos ilustrados de 1808 y los próceres de independencia. Atendiendo a que se trata de una lectura crítica, se busca sustentar la tesis *américa nació entre cartas*, como aporte al debate académico en una línea de pensamiento político y de identidad latinoamericana, en el abordaje mismo de la escritura.

### Palabras clave

Procesos de independencia, carta-relato, integración, estado.

### Abstract

The text presented is intended to draw a glance around the stories of independence including the card as a means of calling and power in the communicative tissue colonization and the establishment of the crown. Following a methodology for document analysis, development sets her sights on the nation state as a utopia of peoples to be realized in the nineteenth, after various deeds and sacrifice of three intellectual generations: the lost generation of 1781, the illustrated criollos 1808 and the heroes of independence. It considering that this is a critical reading, seeks to sustain the thesis america was born between letters, as a contribution to the academic debate on a line of political thought and latin american identity, in the same approach of writing.

### Keywords

Processes of independence, letter-story, integration, state.

<sup>1</sup> Magister en Literatura-Universidad Pontificia Bolivariana. Master en Relaciones Internacionales Iberoamericanas. Universidad Rey Juan Carlos – Madrid. (Esp). Especialista en Pedagogía de los Derechos Humanos – Unaula. Licenciado en Español y Literatura-U. De A. Docente Fundación Universitaria Uniminuto y Educame. Miembro del Grupo de Investigación Responsabilidad Social y Desarrollo Sostenible–Uniminuto. Medellín, Colombia. Correo electrónico: farid.bohorquez@gmail.com

# Introducción

La heurística se propone dentro de las técnicas metodológicas para la ubicación, sistematización y análisis de información documental. Mediante esta línea de interpretación se desarrollan campos de comprensión en las ciencias sociales, para el abordaje crítico y la experiencia del pensamiento. Este análisis, centrado en objetos de interpretación histórica se inscribe en esta línea metodológica, considerando la existencia de documentos que requieren exhibición nacional para el desarrollo de un debate social, que en el marco de la duotomía narrativa y acontecimiento, aporte a la idea de identidad que nos determina en el espacio-tiempo epocal latinoamericano. Se trata de un instrumento de rastreo comparativo, que en este caso, reúne el poder y el afecto. Desde el texto histórico creado con remitencia; como es el caso de la carta, a la que se le dedica gran parte de este análisis. Y desde el texto histórico creado en la ficción del tiempo narrativo y que aproxima la verosimilitud en la expresión de una lectura crítica del pasado.

## Entre cartas y relatos

Puestos en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó a los dos capitanes y a los demás que saltaron en tierra, y a Rodrigo de Escobedo, escribano de toda la armada, y a Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen por fe y testimonio como él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesión de la dicha Isla por el Rey y por la Reina sus señores... yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía. Y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mí partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vi, salvo papagayos en esta Isla (Colón, 1492, p. 106)<sup>2</sup>

Así habría de escribir el almirante Christopher en su *Diario*, en el fragor del asombro despertado por aquellos paisajes jamás contemplados por humanos ojos europeos. Después de saberse vivo y en tierra firme, y de superar las horas de pánico, bajo el asedio de sus propios hombres que quisieron arrojarlo al mar para cobrar en un amotinamiento sus desorientados cálculos cartográficos, cosa que no hicieron gracias a los buenos oficios del capitán de la pinta, Martín Alonso Pinzón, el navegante nacido en Palos de la Frontera, Región de Vuelva (Aprox. 1441-1493), el *descubridor* de América podía saberse vivo y dispuesto a ubicar la conciencia de la que aún no se recuperaba, pues sospechaba de si estuviese en la India o en algún lugar distinto del mundo.

Ahora y, con los pies puestos en tierra firme, cualquier posibilidad de continuidad constituía un premio: el aroma, el verde agreste de la tierra virgen, el aire, el sol y los cantos de los extraños pájaros que asoció en su mente con antiguos mitos mediterráneos, y que habían sido lecturas de infancia en Génova, en el estudio de los pueblos griegos. Y pensar que sólo unas

<sup>2</sup> Cita recuperada del libro *Diario de a Bordo*, una compilación de la colección *Crónicas de América*, Biblioteca Colombiana-Sevilla.

cuantas noches lo separaban en la memoria de aquel terrible asedio perdido con sus hombres en altamar: a *Christopher Columbus* buscaron matarlo sus hombres cuando supieron que no era la India, y que las calaberas se habían perdido, que no encontrarían tierra firme y nunca regresarían con especias a los puertos de Cádiz, fue así como todo el esplendor del paisaje a la vista, transformó el imposible.

La imaginación y la realidad se fusionaban ahora, frente a un universo indescriptible que se abría sus propios ojos. Se cuenta que entonces, cortejo de aborígenes los asediaron cons-ternados por el asombro y sin usar la violencia para enfrentar la artillería de arcabuces que los navegantes traían consigo; se dieron a adorarlos, confundiéndolos con un dios alado que había partido y del que ahora creían que retornaba. Él –ellos– como la expresión de un yo plural; darían cuenta en hojas sueltas que se parecen a los humanos, andan desnudos, tienen buenos humores y cubren sus vergüenzas con hojas arrancadas de árboles en medio de una vegetación exuberante.

No presentía el almirante que aquel 11 de octubre de 1492, el mundo *espacado*<sup>3</sup> ante sus ojos –y los de sus hombres malogrados por el escorbuto y los malos humores del mar– era más que una breve ínsula. Se trataba de todo un continente cuyo nombre sería América –la Utopía de Tomas Moro– y con ello, el cambio de la historia, tanto como de los atlas y las ideologías, los imaginarios de mundo y los sueños, las posturas por 1000 años petrificadas al paso del medioevo y el invento de un nuevo ser para el cogito. El hecho fundamental –fundacional de alguna forma– era nada menos que el paso a la modernidad.

Los biógrafos más notables del almirante entre los que se cuenta el editor del libro *Diario de a Bordo*; Luis Arranz Márquez; narran que quiso escribirlo todo. Y en la emoción sin nombre –porque ante la complejidad de lo hermoso, el mundo de las palabras se queda vacío– escribió –aturdido tras el grito en la proa de la Pinta de *Rodrigo de Triana*: “¡Tierra a la vista!” (Arranz Márquez, 2003, p. 106), como nunca, las primeras líneas de lo que sería modernidad en territorio Latinoamericano.

Al cabo de 12 lustros, buena parte del continente europeo hubo de precipitarse sobre la faz de esta tierra nueva y vieja, sagrada y –desde entonces– ambicionada, pero propicia para ser repartida en trozos de colonia, bajo el influjo de otra expansión, vieja práctica aprendida por Occidente desde los tiempos de *Marco Polo*, por citar sólo un caso.

La colonización en pleno se vino con Dios y dominación a bordo. Hasta el imperio de Portugal zarpó con rey y nobleza para instalarse en el sur y ponerse a salvo de la colonización interna como consecuencia de una guerra que ya tenía perdida con Francia. Cabe destacar que en Europa los pueblos débiles (lo que actualmente Bouaventura De Soussa, llama Sur-sur), no contaban frente a la avanzada eurocéntrica de los estados imperiales: fue así que Inglaterra y Francia pasan a la historia del medioevo alto, como grandes expansionistas. Lo que sucedió en las tierras descubiertas por Colón, fundó un proyecto de mundo que demarcó hasta hoy la expresión geopolítica de occidente.

<sup>3</sup> Término incorporado por Martin Heidegger al análisis hermenéutico desde las categorías ser y tiempo (Heidegger, 1974).

Para aquellos marineros sin consciencia del lugar en el mundo, o sea en la expresión elemental de la desorientación absurda, aparecen las cartas y los diarios como recurso. Estos son el hilo de conexión, con la memoria, es decir, con lo que queda de la existencia. Había que escribir el asombro, porque en cada línea se extiende la prolongación de la vida. Colón escribió con intermitencias en su diario, nota y más notas, como si la palabra en el plumón sirviera para inventar un interlocutor que perlocutaba desde el otro costado del mar de los Atlantes.

Cuando Europa se supo dueña de todas las extensiones continentales de los Andes que aculturizó Colón, negó a su modo la legitimidad de los imaginarios a este lado del mar. Anuló los relatos, pretendió a todo costo que los pueblos borrarán su memoria, una manera absurda de borrarse así, porque cuando un pueblo pierde su pasado arroja a la nada su identidad. Así, se prohibieron los cuentos, y las palabras parecían sublevarse ante su final. Las lenguas preexistentes por años sin término en esta tierra de *Nhod* a la que luego llamaron América; tardaron 500 años en morir. Y, la voz como un fruto interminable y creador cabalgó en la memoria colectiva haciendo de la recordación un rizoma de muchas esporas que no se mata con una o mil voces de imperativo silencio.

Eduardo Galeano, ha sido investigador de este pasado que se resiste, y *Las Venas Abiertas de América Latina*, son un breviario elemental en la reivindicación precolombina que contiene la versión en palimpsestos de una narración construida en búsqueda de los orígenes borrados de la civilización. La obra de Galeano habla de un orden occidental que irrumpe con violencia en la Modernidad y cuestiona dentro de éste orden a una Europa que se preciaba para la época de haber abandonado las prácticas inquisitoriales del Medioevo. Como si lo olvidara, el continente ilustrado –el viejo mundo– alista su maquinaria para lo que será en América la ocasión de un neo-proceso de colonización. Ante todo esto, se sabrá que los pueblos se resistieron a abandonar sus mitos, sus prácticas de amor y de procreación, se resistieron abrazando su propia muerte. Los aborígenes de estas tierras, fueron llamados indios, y el territorio América, reivindicando el nombre del menos lunático entre los cartógrafos del nuevo tiempo, quien se atrevió a trazar los mapas orientado –quizás– por el influjo de sus imaginarios que, dadas las condiciones de asombro, pudieron estar por encima de sus conocimientos, porque para un mundo recién descubierto, no hay ojos que puedan abarcar la magnitud, menos si ese mundo es América del Sur.

## Otros pueblos se avistan en alta mar

La imbatida de Europa en el proceso de expansión y –neocolonización– fue procaz para una ambición que supo del oro tanto como del poder y la fe. Los pueblos aunque se bastaban así mismos, no fueron suficientes para poner a marchar la máquina de los metales. Aquella gente, de sagradas cosmogonías, murieron en los socavones, y de angustia, muchos de ellos se arrojaron a los aluviones con los ojos bien cerrados para no ver el apocalipsis de la historia; como se puede apreciar en la memorable película de Tomás Gutiérrez Alea *La Última Cena* (1970); un filme que sirve para ampliar la comprensión de esta tesis: “En el siglo XVIII, la aristocracia cubana se jactaba de ejercer un esclavismo benévolo, menos cruel que el de otros países cer-

canos. Para demostrarlo, un conde en Semana Santa decidió sustituir a Cristo para humillarse ante sus siervos” (Gutiérrez Alea, 1970), con tan mala suerte que la celebración se convierte en oportunidad para una sublevación de esclavos. Las consecuencias de la rebelión son funestas hasta el punto que el suicidio justifica toda posibilidad ante lo que vendría luego de la toma del control por parte del Conde.

Otros, no menos trágico, perecieron infestados de enfermedades occidentales que llegaron con los almirantes: la viruela, la sífilis... Y los prisioneros rasos que traían a bordo para poner a marchar el proyecto de colonización y que no más llegaron se envilecieron contra la población de nativos, enajenados por los delirantes sueños del poder. Ante esto, el choque de culturas fue espontáneo, por lo que una gran resistencia por parte de los pueblos aborígenes, rápidamente se hizo notar en gestas de confrontación y resistencia, dada la ausencia de discursos de alteridad que pudieran atenuar las comprensiones respecto de las prácticas sociales establecidas milenariamente: rituales de antropofagia entre las poblaciones del Darién, la reducción de cabezas en el Amazonas, la desnudez de los cuerpos, las prácticas de procreación y sexualidad que ante el paradigma eurocéntrico se calificaron de promiscuidad. Todos estos factores reunieron el sustento de una misión colonizadora y devastante, que no paró en 200 años de Colonia.

España tuvo claro que no existía ningún motivo para dar marcha atrás al proyecto, porque el mundo comenzaba en el álgebra, el día con los laudes entre cantos y oraciones de misioneros, y la noche con el exterminio. Los pueblos precolombinos, supieron por su parte que cien lanzas no bastaban para enfrentar el fuego, los centauros y el cuchillo de las bayonas. Como consecuencia, unos resistieron y otros fueron evangelizados mediante instituciones de gran poder como la Mita, donde se sometieron a sistemas de organización económica, social y religiosa.

El proyecto colonizador no paró. Ante la ausencia de fuerza se optó por la trata de personas y la colonización cruzó el Estrecho de Gibraltar. Desde allí, en las costas del norte de África, se consiguió el recurso humano necesario para explotación en las tierras de América. Cientos de barcos negreros, cargados de ejércitos europeos invasores, fueron a cazar gente como animales exóticos en las costas que hoy responden a los nombres de Marruecos, Mauritania, Malí, el cinturón ecuatorial de Guinea, Angola. Cuando las presas de caza escasearon –cuenta Eduardo Galeano en *Las Venas Abiertas de América Latina*– penetraron el Continente, hasta trasladar gran parte de su población a las tierras de América:

Las tribus de África occidental vivían peleando entre sí, para aumentar, con los prisioneros de guerra, sus reservas de esclavos. Pertenecían a los dominios coloniales de Portugal, pero los portugueses no tenían naves ni artículos industriales que ofrecer en la época del auge de la trata de negros, y se convirtieron en meros intermediarios entre los capitanes negreros de otras potencias y los reyezuelos africanos. Inglaterra fue, hasta que ya no le resultó conveniente, la gran campeona de la compra y venta de carne humana (Galeano, 2004, p. 107).

Los relatos de Alex Haley traen una evocación testimonial en *Raíces: historia de una familia americana* (Haley, 1978), de la magnitud de esta práctica de comercialización humana. Cientos de barcos zarparon de los puertos de África a los puertos de Cuba, Haití, el Golfo de México, Cartagena de Indias, y por toda la plataforma continental con radas al Mar Caribe se subastaron como ganados, aquellos seres humanos traídos en condición de esclavos.

Del modelo de interculturización forzada, surgieron nuevos relatos integrados por la memoria del dolor y la angustia ante la desterritorialización desarrollada en dos líneas. Desterritorialización interna para los pueblos nativos y desterritorialización externa o importada respecto de la población de África. Los negros y los indios tendrían en común la memoria de usurpación y el despojo, la negación de milenarias teogonías y, todo aquello fue, como si los dioses hubiesen abandonado su esperanza, como si Yahavé, hubiera triunfado en el caballo de hierro, sobre los ejércitos de la Serpiente Emplumada y Quetzalcóatl, sobre Changó y Yemayá, como si los Orishas se hubieran marchado para siempre y los muertos, se hundieran irremediabilmente en las profundidades del cielo blanco.

Ante las imbatidas que supuso el proceso de occidentalización en América Latina, los pueblos excluidos tanto de este lado como en África, optaron por el sincretismo. La sustitución con nombres del santoral occidental, serviría para adorarles: Yemayá, la Virgen de la Caridad del Cobre, Babayú Ayé es San Lázaro y Changó, Santa Bárbara. Una idea de estos tropos la describe bellamente Manuel Zapata Olivella, en su trabajo: *Changó el Gran Putas*, libro estudiado de manera distraída en Colombia, pero de singular interés en el exterior, como lo demuestran los trabajos de la historiadora Dorita Nouhaud, de la Université de Bourgogne, en textos como *El Hombre que Reunió la danza*, un homenaje a la novela *La Consagración de la Primavera* de Alejo Carpentier y más directamente en *La ruta de Chimá al monte Kenia* (Nouhaud, 1987, p. 156). Lo cierto es que los pueblos para sobrevivir se arreglaron de inesperadas formas, como afirmando la tesis de que la memoria es indeleble y permanece en los meandros de la sangre de generación en generación. Aún, en estos tiempos de alba al siglo XXI, son usuales las formas de sincretismo por todo el Caribe, desde Cuba, cruzando por Puerto Rico, hasta Brasil con las prácticas de Candomblé. Poetas como Nicolás Guillén, Andrés Eloí Blanco de Venezuela, Candelario Obeso de Colombia y Jorge Amado en Brasil; supieron interpretar ese sentimiento y –sólo para ilustrar– en composiciones de este calado, se sabrá de la resistencia:

*¡Yambambó, yambambé!  
Repica el congo solongo,  
repica el negro bien negro;  
congo solongo del Songo  
baila yambó sobre un pie.  
Mamatomba,  
serembe cuserembá.  
El negro canta y se ajuma,  
el negro se ajuma y canta,  
el negro canta y se va.  
Acuememe serembó,  
aé*

yambó,  
aé.  
Tamba, tamba, tamba, tamba,  
tamba del negro que tumba;  
tumba del negro, caramba,  
caramba, que el negro tumba:  
¡yamba, yambó, yambambé!  
(Guillén, 1997) <sup>4</sup>

Los procesos de colonización europea dieron cabida a la emergencia de un nuevo leviatán. En el más más gravoso proyecto civilizatorio Europa revierte a prácticas que constituyen aporías de lo que pudo ser la expresión ilustrada de su más alta madurez: desterritorialización de pueblos y lenguas, negación de culturas milenarias, esclavitud, aculturamiento rampante, totalitarismos, reinención imperial, niegan la coherencia con las manifestaciones de ilustración, enciclopedismo, la Revolución Francesa, entre otros. Todo estaba sucediendo con todo: allá la Ilustración y acá el más bárbaro de los colonialismos empañaban la historia de la humanidad.

## La memoria y las cartas

Luego de los diarios, la carta constituyó el género narrativo más importante para la consolidación del pensamiento, la moral, cultura, la personalidad y el Estado latinoamericano en todos sus órdenes. En conexidad con la tesis de don Germán Arciniegas de que *América Nació entre libros*, la precisión de este estudio, es que América nace entre *cartas*.

Cartas reales de remitentes que nunca conocieron los territorios como las que se cruzaron entre Colón y los Reyes de Castilla. Cartas de almirantes que luego fueron cartas de conquistadores como las Cartas de Avellaneda, bulas del papa con las que se dirigió la campaña de expansión de la Iglesia Católica en estas tierra a las que compararon con el Paraíso perdido del Génesis.

Pero hubo cartas siniestras que en el fragor de la inquisición sirvieron para esgrimir la versión teocrática del poder en las colonias hispanoamericanas y la determinación política de la ética cristiana en el ejercicio de lo público. En estas quedó manifiesto el régimen de justicia impuesto mediante el miedo como estrategia de organización. A las personas se les juzgaba hasta pasados 40 años por suposiciones de herejías y sin el más elemental derecho a la defensa, que a nuestros días resulta una conquista en el actual ordenamiento jurídico hispanoamericano. Dichos registros se conservan en documentos que reposan entre varios, en el Archivo Histórico Nacional del Madrid. Sólo con el ánimo de ejemplificar los alcances del sistema, se pone a consideración Carta del Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias al Consejo de Inquisición en el año de 1688. En la nota al pie se podrá leer la versión paleográfica, realizada en colaboración para este estudio por la historiadora Zoraida Arcila Aristizábal – FLACSO, 2015.

---

<sup>4</sup> Poema Canto Negro, de Nicolás Guillén.

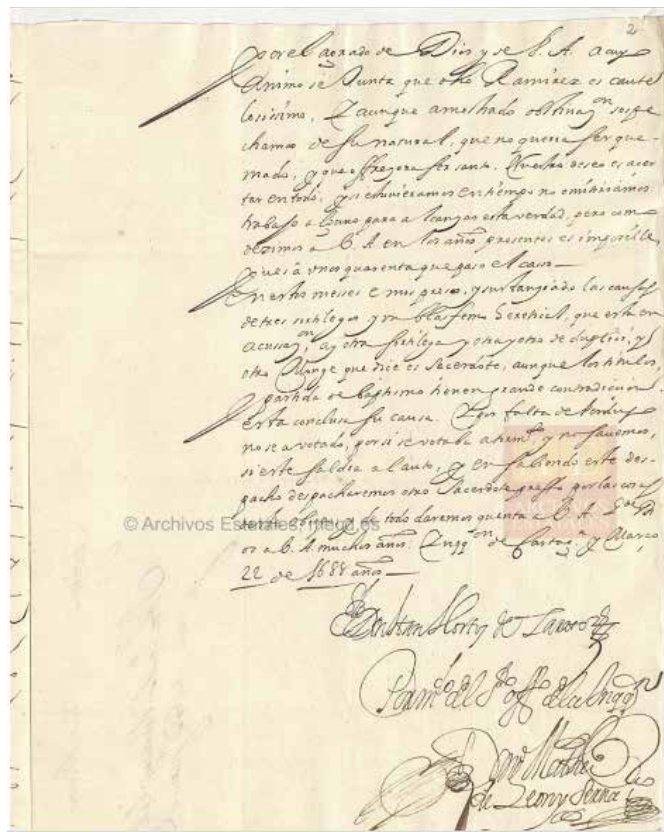


Ilustración 1: ES.28079.AHN/1.1.11.4.5.3//INQUISICIÓN, 1605, Exp. 16<sup>5</sup>.

En la carta que reposa en el Archivo Histórico Nacional de Madrid- AHN, “el Tribunal de la Inquisición de Cartagena de Indias informa al Consejo de Inquisición (1688), sobre la celebración de un Auto General de Fe en el que se iban a ejecutar a los reos condenados a relajación. Se hace referencia también a la causa de Juan Ramírez”. En este caso la carta es sustancia de un documento público, donde se decide la vida de unas personas cuya condena fue la de morir en la hoguera. Como esta, cientos de cartas fueron compulsadas al Consejo de Inquisición en España, y permanecen a la fecha como memoria indeleble de los procesos de organización y absolutismo.

El historiador Toby Green, en su trabajo *La Inquisición: el reino del Miedo*; hace énfasis de lo propio en una relación de protocolos y cartas que bien vale la pena revisar, al instante de abordar el tema de la inquisición y su poder secular en Hispanoamérica. Sus aportaciones investigativas, ponen en duda los procederes éticos y morales de quienes fueron encargados de la orientación espiritual de los pueblos colonizados:

<sup>5</sup> Por el agrado de Dios y de Su Alteza a cuyo ánimo se junta que dicho Ramírez es cautelósimo, y aunque ha mostrado obstinación sospechamos de su natural, que no querra ser quemado, y que ofrecerá ser santo. Nuestro deseo es acertar en todo, y si estuviéramos en tiempo no omitiríamos trabajo alguno para alcanzar esta verdad, pero como decimos a Su A. en los años presentes es imposible pues a unos cuarenta que paso el caso. En estos meses hemos preso y sustanciado las causas de tres sortilegos y un blasfemo [—] que está en acusación, hay otra sortilega y otra y otro de [—] y otro Monje que dice es sacerdote, aunque los títulos y partida de bautismo tienen grande contradicción. Esta concluda su causa. Y por falta de testigo no se ---ha votado, por si se votaba afirmando y no sabemos, si este saldrá al auto, y en sabiendo este despacho despacharemos otro sacerdote prefecto por las cosas desde obispo y de todo daremos cuenta a Su A.



En el nuevo mundo se estaba construyendo una sociedad... y la Inquisición procuró asegurarse de que se adaptara a sus valores (...) El problema no solo era el mestizaje entre europeos e indígenas, sino también la influencia de africanos quienes en Lima aseguraron que podrían descubrir criminales los «lunes, miércoles y viernes» [AHN<sup>6</sup>] y en Cartagena admitieron mantener relaciones sexuales con el Diablo y regocijarse con su cálido semen. Dada esta situación, la Inquisición no era solo un bastión contra la herejía, sino también un estandarte de decencia en un mar de perversión. (Green, 2008, p. 174).

Se cuenta de cartas de amor que se arrojaron en una botella al mar con la esperanza que algún día fueran al otro costado del Atlántico y llevaran la buena nueva de que alguien aún permanecía vivo, a este lado del mar. En tal sentido, la carta en su expresión elemental, es un continente de paisaje. Hay ojos que describen para otros ojos que se ponen en el papel. El poeta Juan Manuel Roca, logra un bello ejemplo en este sentido, que permite –en otro tiempo y a otro costado de la historia– ilustrar el postulado de amor contenido en una misiva conocida con el nombre de; *Carta Rumbo a Gales*:

*Me pregunta usted dulce señora  
qué veo en estos días a este lado del mar.  
Me habitan las calles de este país  
para usted desconocido,  
estas calles donde pasear es hacer un  
largo viaje por la llaga,  
donde ir a limpia luz  
es llenarse los ojos de vendas y murmullos.  
Me pregunta  
qué siento en estos días a este lado del mar.  
Un alfileteo en el cuerpo,  
la luz de un frenocomio  
que llega serena a entibiar  
las más profundas heridas  
nacidas de un poblado de días incoloros.  
¿Y el sol?  
El sol, un viejo drogo que ha lamido esas heridas.  
Porque sabe usted, dulce señora,  
es este país una confusión de calles y de heridas (Roca, 2013).*

Como manifestación textual la carta actúa no como historiografía sino como dispositivo de memoria dentro de una expresión multimodular, plurívoco –diría Maurice Beuchot (2011)– para el advenimiento del concepto y la interpretación, en lo que implican las preguntas de Modernidad y emancipación, de ciencia, para el desarrollo del pensamiento latinoamericano.

<sup>6</sup> Archivo Nacional Histórico de Madrid.

Diarios y testimonios, crónicas, y un mundo epistolar que osciló entre lo íntimo y lo público participan en el refractario de las ideas con que se construyeron las ideologías que condujeron a la integración nacional. En este último eslabón emerge un intervalo de reflexión ligeramente dicotómico vinculado con el poder, la resistencia y –como consecuencia– con la condición de marginalidad entre quienes participaron en el proyecto emancipatorio.

Dentro de los epistolarios del prócer Antonio Nariño, de la generación de 1808, se lee, en la que –sino fue la última carta– sí una entre las que antecedieron sus líneas finales al término de su existencia. Desde la prisión, él se dirige a Manuel Bernardo Álvarez, su tío y presidente del Estado Soberano de Cundinamarca, el 10 de septiembre de 1810; para suplicar sus buenos oficios:

Es preciso que trabajes con todos nuestro amigos para que dispongan los ánimos en mi favor. Tú y ellos conocéis mis intenciones y sabéis cuál ha sido mi conducta. A nadie le he hecho mal, y antes sí todo el bien posible, como lo depondrán muchos, aunque en los gobiernos es tan fácil adquirirse enemigos. Los míos han sido forzados, pues siempre he detestado mandos, como tú no lo ignoras y es público en Santa Fe. En fin, yo responderé a los cargos que se me haga, Dios mediante, en quien espero que ha de favorecer mis intenciones. (Nariño, 1810)<sup>7</sup>.

Epistolarios en esta línea no aparecen con frecuencia en el relato positivo de la historia puesto que debilitarían la idea de heroísmo con que se ha bordeado a nuestros próceres. Así, la carta comienza a funcionar como instrumento político en la ductilidad de cierto momento ilustrado que se vivió por periodos mezquinos y ralos en el breviarío de lo que representó el Estado en América Latina.

Por otro lado en el tema de memoria junto a la carta los escritos misionales, compondrán otra modalidad. Aquellos, conservando en gran medida el tono de la carta, como es el caso de la crónica y las novelas breves (véase *El Carnero*), se constituyeron denuncia al inicio y así han permanecido hasta el tiempo contemporáneo. Dichos trabajos narrativos, luego se compilarán integrando las que conocemos como *crónicas de indias*. Es precisamente, a partir de dichas revelaciones que se sabrá del despropósito en los procesos colonizadores del territorio: los escritos de fray Bartolomé De las Casas, en su obra conocida con el nombre de *Brevísima relación de la destrucción de las indias*, es un texto pertinente en el que se presentan alegatos a favor de los indios, se describe el exterminio poblacional, la conducta de los conquistadores y las consecuencias que generó la conquista, sobre todo en los territorios de Cuba (De las Casas, 1552/2009).

La causa por que han muerto y destruido tantas y tales e tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro... (hablo con verdad por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo), no digo que de bestias (porque pluguiera a Dios que como a bestias las hubieran tractado y estimado)...Y esta es una muy notoria y averiguada verdad, que todos, aunque sean los tiranos y matadores, la saben e la confiesan: que nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos, antes los tuvieron por venidos del cielo, hasta que, primero, muchas veces hubieron recibido ellos o sus vecinos muchos males, robos, muertes, violencias y vejaciones dellos mesmos (De las Casas, 1552/2009)

<sup>7</sup> Carta de Antonio Nariño, dirigida a Manuel Bernardo Álvarez, su tío y presidente del Estado Soberano de Cundinamarca, el 10 de septiembre de 1810 (Nariño, 1810)

Las crónicas del obispo De las Casas, forman parte de cientos de relatos con los que se sustentaron los ideales de Independencia. Pero más allá de esto, la versión escrita de dichas memorias crea desde la condición del indio una figura de alteridad, cada vez que lo reivindica –como pocas veces se hizo– en su condición humana. En el marco de estos escritos están las crónicas y los cuadernos de viaje, las cartografías que sirvieron para determinar la distribución ontológica del poder y de las tradiciones éticas. En términos de Todorov, “Bartolomé de Las Casas, ferviente cristiano que se proclamó defensor de los indios, se opone a toda afirmación de su inferioridad, y por lo tanto a toda asociación sólida entre “bárbaros” e “indios”” (Todorov, 2008, p. 34). El relato por lo tanto, a esta altura ha funcionado como instrumento de dignificación, como valía de:

Pensamientos (...) el pensar, debido a que recordar lo pensado, puede cristalizar (...) y los pensamientos, como todas las cosas que deben su existencia al recuerdo, pueden transformarse en objetos tangibles como la página escrita, o el libro impreso (...) artefactos humanos (Arendt, 2012, p. 90).

Cartas y relatos, crónicas y narrativas son constantes en el *imago mundi* del continente. Ahora, habrá quién se pregunte por la selectividad del medio escrito, si en el proceso de conquista, colonia e incluso de independencia este fue selectivo para algunas élites. Cierto. Pero, más allá de las carencias alfabéticas –que fueron muchas– la escritura no fue óbice, para que cientos de cartas fueran dictadas incluso por quienes sabían leer; (como es el caso de Bolívar, que se preciaba de dictar en idiomas distintos cartas y autos a cuatro o cinco escribas en torno a una misma mesa), y por analfabetas que contaron con el oficio de los copistas.

En consecuencia, la escritura y el papel recuperan *duotópicamente* las variables *legitimación* y *memoria*, y abren posibilidades existenciales en el espacio-tiempo de Occidente. Los estudios historiográficos del siglo XX, revelan que hay un flujo indeterminado de cartas presentes en la dialéctica del pensamiento político de la corona en el periodo de colonia. Sus contenidos legitiman tanto la instauración positivada del Estado monárquico (en materia jurídica), de una correspondencia real, como la versión oculta para una historia marginal que no se narró.

Los Reyes y los papas en sus ayuntamientos se pudieron dar cuenta del paisaje y la bastedad de las tierras conquistadas en su nombre o en nombre de la Santa y Cristiana Iglesia de Roma, sólo por cartas. Así escribe Cristóbal Colón a los reyes de España (fragmento):

Hay palmas de seis o ocho maneras, que es admiración verlas, por la deformidad hermosa de ellas, mas así como los otros árboles y frutos e hierbas. En ella hay pinares a maravilla y hay campiñas grandísimas, y hay miel, y de muchas maneras de aves, y frutas muy diversas. En las tierras hay muchas minas de metales, y hay gente en estimable número. La Española es maravilla; las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas, y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar aquí no habría creencia sin vista, y de los ríos muchos y grandes, y buenas aguas, los más de los cuales traen oro. En los árboles y frutos e hierbas hay grandes diferencias de aquellas de la Juana. En ésta hay muchas especierías, y grandes minas de oro y do otros metales (Colón, 1493).

Muy de la mano de bestiarios y fauna llevados a la narrativa como representación de mundo, el historiador María José Rodilla León (2007), aborda como tema el espacio, para colegir que éste es en la colonia, también objeto de escritura. El spaceamiento, como diría Martin Heidegger (1974), se resignifica con el habitar humano. Curiosamente, el espacio y los elementos, incluidos los nativos constituyeron factor de interpretación factual, y ocuparon como en las páginas de Colon, buena parte sus páginas. En "*Bestiarios del Nuevo Mundo: maravillas de Dios o engendros del demonio*", se leen fragmentos como el que se presenta a continuación, con el objeto de generar una idea de aquello que en la prosopografía del continente, estribó entre la realidad hasta lo sublime:

La novedad también suponía espanto y temor ante lo desconocido, los animales de las Indias se clasificaron no solo por su físico, su pelaje, sus propiedades alimenticias o terapéuticas. Se vio en ellos la grandeza de Dios y de su creación, pero también el poder del demonio en las nuevas tierras. Los cronistas y viajeros debatían para dar una explicación coherente, casi siempre maniquea, al tratar de interpretar el mundo animal como maravillas de la creación de Dios o como engendros del diablo (Rodilla León, 2007, p. 197).

En la Colonia el flujo epistolar sirvió para sostener el ordenamiento estatal lo mismo que la esperanzas existencial de las personas; fue algo así como una tabla de salvamento intersubjetiva mediando las distancias y el tiempo. Mediante la carta se conservaron vínculos de afecto y se perpetuaron continuidades en el poder: una carta real sostenía en el mando de la ínsula al gobernante o lo revocaba. Las cartas fueron portadoras de las buenas nuevas y de malos agravios, conservaron copiosamente el valor de las gestas, la epopeya, vida y de la muerte, aquí y allá y en todas partes; porque no sólo fue una modalidad hispanoamericana. En Europa la carta es fundamental en todos los sentidos: desde la integración social hasta la determinación política, y ¿Qué decir de las cartas teocráticas llamadas bulas papales que decidieron geopolíticamente el mundo antiguo y el continente nuevo? *El historiador Eric Hobsbawm*, que en su libro *La Era de la Revolución* (1997), escribe algunas líneas referidas al tema y sostiene el argumento que las cartas no solo como objeto de lectura sino como sistema de comunicación en la Europa del siglo XVIII:

El sistema de mail-coaches o diligencias, instituido en la segunda mitad del siglo XVIII (...) proporcionó no solamente una relativa velocidad –el servicio postal desde Paris a Estrasburgo empleaba 36 horas en 1833- (...) se estima que veinte millones de cartas pasaron por los correos ingleses al principio de las guerras con Bonaparte (...) pero para la mayor parte de los habitantes del mundo, las cartas eran algo inusitado... los correos diplomáticos volaban a través de largas distancias con su correspondencia oficial, los postillones conducían las diligencias sacudiendo los huesos de una docena de viajeros (Hobsbawm, 1997).

Para América Latina, la carta recupera una vigencia singular. Está presente desde los tiempos de conquista y colonia y en el alba del siglo XXI. Es memoria que afirma su valor con el paso del tiempo. Además es y ha sido, un instrumento fundamental en el ejercicio político, por romántica que se quiera adjetivar. No solo a través de cartas se comunicaron amores, renuncias y semblanzas, también en ellas advino la orden de ejecución o la instrucción del sistema que debió imponerse; así aparece en la reminiscencia nomoárquica que contiene los relatos de organización de los pueblos. En ellas quedó firmada la fidelidad a Fernando VII de España

en tiempos de la formación del Estado Nación en las provincias de América y también –en secreto– los imperativos, para el exterminio de todo aquel que disintiera frente a los preceptos de la Corona. América nació entre cartas y esta tesis acude ahora, a la que pudo ser entre el género epistolar, más político que se conserve de la historia de la República: Carta de Jamaica:

Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de usted en que me dice «que espera que los sucesos que siguieron entonces a las armas españolas, acompañen ahora a las de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales». Yo tomo esta esperanza por una predicción, si la justicia decide las contiendas de los hombres. El suceso coronará nuestros esfuerzos; porque el destino de América se ha fijado irrevocablemente: el lazo que la unía a España está cortado (Bolívar, 1815, p. 62).

Lo que hace significativo el texto anterior, sólo referenciado en uno de sus fragmentos, es que es el documento marco donde se inscribe en el alba de lo que pudo llamarse la correspondencia diplomática hispanoamericana. Bolívar, ya no como guerrero sino como pensador, se vale de la epístola para dar paso el manifiesto de su proyecto político. En la Carta de Jamaica, queda explícita la filosofía de la nación soñada por el libertador, además de sus ideas referidas a la dignidad, a la ciudadanía y los principios de soberanía, hay que ir a ella, con el espíritu abierto para la leer las imágenes de América mestiza en el calado filosófico del manifiesto político. La Carta acoge con claridad las ideas de la Ilustración. El Libertador concibe e intenta concientizar a las generaciones de la riqueza natural continental e insiste en la pertinencia de una integración suramericana como proyecto de soberanía. En materia de interpretación geopolítica –aun cuando no existiera para los tiempos en que se escribe el documento una metodología geopolítica establecida– la epístola de Jamaica da cuenta de la crisis que vive España ante las imbatidas napoleónicas que no cesan en su expansión ilustrada, y cuestiona a Europa por la indiferencia ante prácticas de dominación medieval en tiempos de un alto desarrollo ilustrado. En el fondo se trata de un texto visional para la lectura de las ideas políticas en América Latina:

En algún tiempo, el más vasto imperio del mundo, sus restos son ahora impotentes para dominar el nuevo hemisferio y hasta para mantenerse en el antiguo. ¿Y la Europa civilizada, comerciante y amante de la libertad, permite que una vieja serpiente... devore la bella la más bella parte de nuestro globo? ¡Qué! ¿Está la Europa sorda al clamor de su propio interés? ¿No tiene ya ojos para ver la justicia?... Estas cuestiones cuanto más las medito, más me confunden; llego a pensar que se aspira a que desaparezca la América; pero es imposible, porque toda la Europa no es España (Bolívar, Carta de Jamaica, 1983, p. 91).

La escritura es una entre las facetas que caracterizan la figura de Bolívar. En el libro Breviario del Libertador, hay una basta relación de escritos y sobre todo cartas; que solía dirigir tanto a sus hombres como Santander, Francisco de Miranda e incluso al Rey Fernando VII, una vez que se ha reconocido la creación de la república. Terminado este proceso, a Bolívar le preocupa la integración latinoamericana y es curioso, pero lo que lleva a la anexión del Ecuador a Colombia, es precisamente la carta que él dirige a don José Joaquín Olmedo; donde entre muchos aspectos le insta así: “Todo lo que el derecho... permite a un pueblo... es la completa y libre representación... todo el influjo de su mérito, saber y dignidad para que no se de a

Colombia un día de luto, sino por el contrario sea Guaquil para nuestra patria el vínculo de la libertad del sur” (Bolívar, Documento 32: Carta del Libertador a don José Joaquín Olmedo–1822, 1983, p. 180). Una vez más, América, nace entre cartas.

## Conclusiones

Esta investigación, más que postular sobre la carta y el relato dentro de una teoría narrativa de la escritura, ha procurado materializar la tesis política de un continente estereotipado respecto de los oficios escriturales. Al revisar la historia de América Latina se identifica con claridad que sí hubo una tendencia intelectual subyaciendo en el marco de sus movimientos emancipatorios: el encuentro de culturas trajo consigo la intersección de saberes y la conciencia de la escritura negada en el proceso de la Conquista y la Colonia. España se valió de la censura frente a los procesos *lecto-escriturales*, para sostener, como lo expresa *Toby Green* (Green, 2008), desde el miedo, la estabilidad de la Corona. Junto a esta estrategia participaron instituciones como la Inquisición y el adoctrinamiento sin ideología, típico de los procesos de catequesis y pastoral, véase para ello el filme *La última cena* (Gutiérrez Alea, 1970), arriba referenciado.

Entre una clase social en el poder, medianamente ilustrada como lo fueron los colonizadores y otra consuetudinalmente formada para sobrevivir, como lo fueron indios y esclavos, medió un lastre intelectual que se conoció con el nombre de *Los criollos*. Los movimientos emancipacionistas, las ideas de nacionalismo y república, las nuevas concepciones de la cultura que en el fondo constituyen la fenomenología de lo que pudo materializar el imaginario de patria son resultado de una mirada intelectual que se anticipó a las confrontaciones armadas con que se describen las batallas. De esta manera, las redes de correos fueron canales que facilitaron la movilización de la conciencia colectiva, y que por defecto estimularon el surgimiento de escuelas de pensamiento que respondían a los ideales de la Ilustración. Dichos *ethos*<sup>8</sup>, a lo largo del siglo XIX, y muy comenzado el XX, las cartas se posicionaban con un gran valor académico. El escritor Germán Espinosa, en lo que pudiera ser la mejor novela histórica colombiana, *La Tejedora de Coronas*, da cuenta de esa extensión con la diáspora de Genoveva Alcocer y la memoria de Federico Goltar. Y Qué decir de Fernando del Paso quien en *Noticias del Imperio*, relata lo que fue la modernización de México y la tragedia vivida por María Carlota de Bélgica y Fernando Maximiliano, emperador de México y asesinado por Benito Juárez.

En una perspectiva comparada, se registra en colonias una efervescencia intelectual, y su coincidencia con lo que Europa estaba viviendo sus procesos de modernización, fue precisamente el abordaje del conocimiento. Recordar que toda la clase dirigente se formó en Occidente, no resulta descabellado puesto que fue el saber y las letras las que luego movilizaron

<sup>8</sup> Ethos es una locución griega polisémica por la diversidad de sentidos. En algunos contextos se le asimila como acto y lo propio da origen a la palabra ética. Pero también significa costumbre y es precisamente este el enfoque con el cual se le incorpora en la discursividad de este análisis.

los espíritus de independencia. Entonces, América nació entre cartas es una referencia a la fundación del Estado nacional del siglo XIX, cuyos antecedentes se disgregan a lo largo de toda la modernidad hispanoamericana, si se reconoce que acá también hubo pensamiento intelectual.

Es importante destacar que la carta no supuso para América Latina, la condición alfabética de quien la escribiera. Muchas de ellas tuvieron lugar en prácticas escribanas donde quien las dictaba ni siquiera sabía leer, mucho menos escribir. Y, en el caso de tener dichas competencias –que no eran factor común para toda la sociedad– su investidura de poder le permitió ocupar la cátedra, y optar por dictar textos memorables que se convirtieron en manifiestos (hoy algunos de ellos convertidos en palimpsestos) de la Nación. Se cuenta que Bolívar solía dictar cartas a sus amanuenses en diversos idiomas, pero de esa producción, solo permanecen algunos malos manuscritos.

La integración de América Latina se plantea desde la *Carta de Jamaica* y se consolida con la anexión de Ecuador a través de una carta enviada a José Joaquín Olmedo en 1822. Luego vendrán los procesos de desintegración en 1830 con la separación de Venezuela y así, el continente que fue imaginado como una única Nación, espera en el siglo XXI la posibilidad de integración que le dio origen política, social y culturalmente. *América entre cartas y relatos*, se presenta como una reflexión política frente a la fenomenología de Nación con la certeza de que aún los latinoamericanos permanecemos en búsqueda de identidad, aspecto que se presenta como una utopía en la ductilidad de la historia.

## Referencias

- Arendt, H. (2012). *La condición humana*. (R. Gil Novales, Trad.) Barcelona, España: Paidós Surcos 15.
- Arranz Márquez, L. (2003). Jueves, 11 de Octubre. En L. Arranz Márquez, *Diario de Abordo* (pp. 104-107). Madrid, España: Dastin.
- Beuchot, M. (2011). *Perfiles de la Hermenéutica* (Primera reimpresión ed.). México, D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Bolívar, S. (1983). Carta de Jamaica. En R. d. Zubiría, *Breviario del Libertador* (pp. 80-108). Medellín, Colombia: Bedout.
- Bolívar, S. (1983). Documento 32: Carta del Libertador a don José Joaquín Olmedo-1822. En R. De Zubiría, *Breviarios del Libertador* (pp. 180-182). Medellín, Colombia: Bedout.

- Colón, C. (1492). Jueves, 11 de Octubre. En L. Arranz Márquez (Ed.), *Diario de Abordo* (pp. 104-107). Madrid, España: Dastin.
- Colón, C. (15 de Febrero de 1493). Recuperado de: <http://www.ciudadseva.com/textos/otros/colon01.htm>
- De las Casas, B. (1552/2009). *Brevísima relación de destrucción de las indias*. Linkgua.
- Galeano, E. (2004). *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Green, T. (2008). *La Inquisición: el reino del miedo*. Barcelona: Ediciones B.
- Guillén, N. (1997). *Centro Virtual Cervantes*. Recuperado, de [http://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/guillen/poemas/poema\\_01.htm](http://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/guillen/poemas/poema_01.htm)
- Gutiérrez Alea, T. (Dirección). (1970). *La última cena* [Película]. Cuba.
- Haley, A. (1978). *Raíces: historia de una familia americana*. Buenos Aires, Argentina: Emece.
- Heidegger, M. (1974). *El Ser y el Tiempo* (5ta. ed.). (J. Gaos, Trad.) México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1997). *La era de la revolución*. Barcelona, España: Crítica.
- Nariño, A. (1810). *Archivo Nariño*. (G. Hernández de Alba, Editor, & Biblioteca Nacional de Colombia) Recuperado de: [http://www.bdigital.unal.edu.co/8059/1/Archivo\\_Nari%C3%B1o.html#111c](http://www.bdigital.unal.edu.co/8059/1/Archivo_Nari%C3%B1o.html#111c)
- Nouhaid, D. (1987). La ruta de Chimá al monte Kenia. *Palimpsesto*, 148-166.
- Roca, J. M. (2013). Una carta rumbo a Gales. *Prometeo* (96).
- Rodilla León, J. M. (2007). Bestiarios del Nuevo Mundo: maravillas de Dios o engendros del demonio. *Rilce: Revista de Filología Hispánica*, 195-205.
- Todorov, T. (2008). Entre el miedo y el resentimiento. En *El miedo a los bárbaros* (pp. 312). Barcelona: Círculo de Lectores.